

EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

REDACCION Y ADMINISTRACION

SUSCRIPCION

Año I.

TENDILAS, 21

TOLEDO 10 DE SEPTIEMBRE DE 1904

Semestre... 1.50 Años... 275 Núm. 34.

Número suelto, 5 céntimos.

PAGO ADELANTADO

ANUNCIOS ECONOMICOS

EFFECTOS DE LA INDIFERENCIA

No hay que confundir la cobardía con la prudencia, ni la indiferencia con el respeto a la libertad.

Harto distintas son una y otra cosa, tanto por sus causas como por sus fines; pues mientras el respeto y la prudencia nos proporcionan grandes ventajas, porque a tiempo nos contienen en los límites ciertos de la razón y la justicia, en cambio la indiferencia y la cobardía no pueden llevarnos sino a un estado deplorable de abandono y poquedad de ánimo, completamente desastroso y perjudicial.

Y mucho de esto ocurre en todas las clases sociales, porque los individuos que las componen presencian indiferentes la intrusión en ellas de elementos extraños, ignorantes y atrevidos, que, con inusitada petulancia, con marcada insolencia, se atreven a meter la piqueta de su lengua viperina en el edificio de la ciencia, dando por tierra, ó mejor, pretendiendo arrasar el monumento levantado por cien generaciones de sabios, sin mostrar más título para ello que su patente de atrevido y su fama de ignorante, que son las galanuras con que suele vestir á sus hombres el actual modernismo.

Antes el hombre de escasa instrucción, el que por sus ocupaciones ó las circunstancias de su vida no había podido adquirir un título académico, ni aun siquiera se ocupaba de ciertas cuestiones de la vida, guardando toda clase de respetos y consideraciones á los que se habían encañecido en el trabajo y el estudio, á los cuales prestaban la veneración de que el talento y la ciencia son siempre merecedores; pero hoy, cualquier infeliz de la calle se cree autorizado para discutir acerca de los arcanos de la ciencia y no teme retar al sabio en cualquier género de discusión.

Y esto que sucede en todas las ramas del humano saber, que se ha infiltrado, como sutil veneno, en la masa social, contaminando á hombres hasta ahora sencillos y llegando á ensoberbecerlos, erigiéndolos en idólos de sí mismos y en eternos disputadores en toda clase de cuestiones, ha llegado hasta la osadía, ha rebasado los más extensos límites en la ciencia y las creencias religiosas.

Cualquier chisgarabís, el más despreciable petimetre, el que en su casa no se atreve á hablar porque se rie de él hasta su mujer, el joven que ha sido lanzado de las aulas por no poder merecer siquiera un aprobado en su asignatura, hasta el gañán que no ha hecho en su vida más útil faena que arrear un par de muías, en tratándose de asuntos religiosos le importa un bledo afirmar enormidades y negar las más fundamentales creencias; lo cual, siendo sencillamente una impiedad en el individuo, es en la sociedad un mal de suma transcendencia, porque disuelve el más sagrado vínculo que sujeta al hombre á sus deberes; mal enorme á cuya propagación no sólo son responsables los que lo propagan, sino los que debiendo evitarlo lo toleran.

Siempre ha sido infinito el número de los tontos; la ignorancia y la soberbia hace mucho tiempo que hicieron su morada del corazón y el cerebro de muchos hombres, haciéndolos cometer desmanes y desatinos; pero el fervor religioso, la inspiración de la fe que informaba los actos de muchos católicos, eran una verdadera muralla donde se estrechaba la insipiente y la osadía de los incrédulos é ímpios que, no teniendo fortaleza suficiente para imponerse á sí mismos las privaciones que la religión lleva consigo, arremetían contra todo freno religioso, tratando de romperlo para gozar después, con la libertad de la bestia, cuantos placeres pudiera ofrecerles la desbordada satisfacción de sus inmundos apetitos.

Más contra estos perseguidores de la moral, en oposición de estos perversos de intención, estaba siempre el núcleo de hombres de bien, el batallón aguerrido de varones honrados que, llevando por lema de su vida el cumplimiento de las enseñanzas augustas é intangibles del catolicismo, amordazaban el

vicio y encadenaban la impiedad antes de que con su acción destructora corroyera la ciencia y la virtud, solidísimas bases de la paz y el progreso.

Pero á medida que el mal ingénito á nuestra actual naturaleza, á la par que el libertinaje ha ido invadiendo el campo de la timidez y el respeto, los hombres de fe arraigada y firmes creencias han quedado parados en el camino del progreso; firmes en su honradez, no se han percatado de la mayor malicia de los enemigos de nuestro Dios, y más débiles que sus antepasados, han visto crecer el mal sin que su indiferencia ó su cobardía les haya dictado medios de prudencia para resistir, y si preciso era, debelar á lo que, desarrollado ya, ha llegado á ser un serio y constante peligro.

Patentes están hoy los efectos de la indiferencia en los católicos; contemplad sino nuestra vida, inspeccionad nuestras costumbres, observad nuestro género de vida, y no parece, al recapacitar todo esto, sino que nuestras santas creencias, nuestras venerandas tradiciones han de ejercitarse tan solo en el secreto y el misterio por hombres amedrentados y pusilánimes que no puedan hacer pública ostentación de lo que más que nuestra vida debemos estimar: la enseñanza y confesión de nuestra fe.

Y no es ya sólo en la polémica, en el mitin ó en el periódico; no se reducen sus insultos á vilipendiar nuestras creencias con libros obscenos y pinturas pornográficas que descaradamente ponen á nuestra vista, es que ya llegan hasta perseguirnos como si fuéramos parias de la sociedad ó como si nos tuvieran en ella por una turba de locos y mentecatos.

Y sin embargo, tenemos el mayor número, estamos en una mayoría inmensa que, bien organizada, debía darnos en toda una decisiva superioridad: en la enseñanza, porque obra nuestra debieran ser las Universidades; en los Gobiernos, porque podían ser siempre fruto de nuestro sufragio, y en las leyes, porque unidos, nuestras serían las Cortes, y en todo, en fin, porque de todo deberíamos ser dueños, si esta indiferencia que menoscaba nuestro ánimo y merma nuestras energías, fuera, como debía ser, la vívida expresión de nuestra fe y la pujante manifestación de nuestras saludables y redentoras creencias.

Afronta es y baldón para tantos católicos, que baste un grupo de desalmados y un puñado de perversos para hacer huir como á débiles niños millares de peregrinos, ó sonrojen el rostro de centenares de católicos que pacíficamente asisten á una procesión, y esto no debe seguir.

No, señores, la prudencia nos acredita de cuerdos y sensatos; la cortesía nos da la patente de razonables y respetuosos; pero la cobardía sólo sirve para dar alientos á nuestros enemigos, y la indiferencia de hoy sólo servirá para que mañana nos persigan hasta en nuestras mismas casas.

Hay que tener presente, en todos los actos de nuestra vida, que somos católicos; pero no debemos olvidar que somos también hombres.

En el Ayuntamiento.

En la última sesión del Municipio toledano se ha presentado por nuestro distinguido amigo y competente colaborador D. Manuel Castaños, una solicitud en la que, siguiendo la campaña iniciada en nuestras columnas, pide al Ayuntamiento que celebre de alguna manera, con la dignidad que corresponde, el centenario de la Gran Isabel la Católica.

La mayoría de los Concejales católicos empezaron por no asistir, y los que asistieron, salvo honrosa excepción, como puede verse en su lugar, no se tomaron la molestia de abogar por una cosa tan justa, tan razonable y tan natural como sería la celebración de un centenario que á la par nos daría renombre, esparcimiento y utilidad.

Esto retrata una vez más la apatía, la somnolencia en que esta ciudad vive; pues

sólo el tener que llevar oficialmente esta cuestión al Ayuntamiento, tratando de ella por medio de solicitud, prueba que aquí todo ha de ser rutinario, mezquino, tardo y á remolque.

No es pretexto nuestra escasez de medios ni el poco movimiento de nuestra unidad, ¿somos menos que Granada? quizás; pero también somos menos que Medina del Campo...! ahora lo probaremos.

¿Para qué y para cuándo se guardan aquí las energías y se reservan las iniciativas? ¿Es que el motivo es pequeño?

Las que son cada vez más pequeñas son nuestras energías, y acaso nos avergoncemos al celebrar, como pueblos pequeños, sucesos que ocurrieron cuando éramos grandes.

EL CAMBIO

Los francos á 49.

III

Como medida salvadora para solucionar este difícil problema de los cambios, proponen algunos la *desmonetización* de la plata, es decir, que se recoja la moneda de plata, dejando solamente 4 pesetas por habitante.

Según datos de la Casa de la Moneda, tendría que recoger el Gobierno muy cerca de 700 millones de pesetas, y como no tiene oro, tendría que pagar el Tesoro en billetes del Banco de España.

Solamente con esta operación se producen en España tres cosas, tres efectos, que son verdaderos desastres, y si no acababan con nuestro crédito le faltaría muy poco.

1.º El Tesoro Español perdía en esta operación 350 millones de pesetas.

2.º El curso forzoso del billete.

3.º Paralización absoluta de las minas de plata.

Que el Tesoro Español pierde en esa operación 350 millones de pesetas es evidente, porque al vender la plata recogida, tendría que darla á 10 reales onza, precio de la plata en el mercado, habiéndola comprado á 20, precio del duro.

Y conste que no cuento la comisión por recoger la plata, los gastos de fundición y el descenso del precio del género por la enorme cantidad del artículo en venta, pues sabido es que la abundancia de una cosa hace bajar su precio.

Despreciando estas cantidades no pequeñas, perdería, pues, 350 millones de pesetas.

El curso forzoso del billete no necesita demostración; hoy no tenemos más que plata y billetes; retirada la plata, quedan éstos solos.

Ahora bien, como el Banco de España no habría aumentado ni en un solo céntimo sus existencias en oro, con la desmonetización de la plata, su billete sería la moneda nacional, puro crédito, sin valor real, y el Gobierno tendría que imponerlo á la fuerza.

Con la desmonetización de la moneda, se pondría á la venta la plata recogida, ésta haría bajar el precio, y los mineros, que luchan ya en pésimas condiciones, tendrían que cerrar las minas.

En Sierra Almagrera, Cartagena, Hiedelacina y demás regiones mineras, cuando la plata tiene buen precio, aumentan considerablemente los trabajos, y en cambio cierran las minas, ó poco menos, cuando está barata en el mercado.

El punto de venta, aparte de una pequeña cantidad que se coloca en el extranjero, es Madrid, y el procedimiento es el siguiente:

Las barras de plata se llevan á la Casa de Moneda, en Madrid, y allí las ensayan ó analizan, entregando un certificado, con el cual se presenta el minero al comprador, que suele ser el Banco de España, los judíos de la calle Mayor ó alguna empresa particular que, después de innumerables molestias y regateos, compran las barras un par de reales en onza más barato que el precio del mercado.

A propósito de estas empresas particula-

res, he de decir que hacen hermosos negocios por la mala administración del Gobierno.

Cuando éste quiere acuñar moneda, anuncia la compra de 1.000 ó 1.500 kilos de plata; esta cantidad es enorme y no la pueden tener los mineros, que en cuanto tienen 300 ó 400 kilos procuran venderlos para tener dinero con que atender al laboreo; si en vez de hacerlo así, anunciara la compra en subasta libre, los mineros acudirían con sus pequeñas cantidades de plata, hasta llenar la cantidad total, vendiéndola algo más cara que á las empresas particulares; pero el Gobierno la obtendría mucho más barata, porque en la cantidad en que ahora la pide cuando la necesita, sólo la tiene una ó dos empresas particulares que se ponen de acuerdo para imponer su precio.

Esta aglomeración de la plata en las empresas particulares, es también el secreto de las falsificaciones de la moneda, y los duros llamados *sevillanos* y *alicantinos* son buena prueba de ello.

Como la *desmonetización* de la moneda consiste en fundir la plata acuñada para que no haya tanta, el Banco no compraría plata que para nada le servía, al contrario, vendería la mayor parte de sus existencias.

Las empresas particulares tampoco la comprarían, porque ellas la venden al Gobierno para la Casa de Moneda y ésta no acuñaría más.

Quedaba reducido el mercado á los plateros y joyeros que compran la mayor parte en el extranjero, preparada para sus trabajos, por no haber en España un laboratorio apropiado, á pesar de tener nosotros la plata más fina y dulce que se produce en todo el mundo.

Cerrados los mercados, quedan cerradas las minas; 20.000 obreros sin trabajo y la ruina del tesoro Español, serían los efectos de la *desmonetización de la moneda*, sin conseguir ventaja alguna, como demostrará en otro artículo.

FELIPE IBAVE.

Toledo 31 de Agosto.

Sobre el Descanso Dominical.

La Voz de Valencia publica un interesante estudio acerca de lo que se luce durante el domingo en el extranjero. Dicho estudio, que tiene una actualidad extraordinaria, es, en resumen, una colección de los datos siguientes:

«En Alemania, hará poco más de dos años, 1.600 casas comerciales de Hamburgo reclamaron y observan el descanso dominical desde las nueve y media del domingo, y en todo el imperio los servicios de Correos y Telégrafos se limitan mucho en domingo.

En Austria no se imprimen periódicos y se disminuye el servicio de trenes.

En Hungría tampoco se publican periódicos y se ha suprimido en las vías férreas la *pequeña velocidad*.

En Bélgica el descanso es más consuetudinario que impuesto por la ley, y Correos y Telégrafos limitan el servicio.

En Dinamarca está en vigor la ley del Descanso dominical.

En los Estados Unidos rigen varias leyes imponiendo el trabajo en domingo.

En Inglaterra, el trabajo en domingo se ha suprimido casi en absoluto, y en dicho día no se publican periódicos.

En Noruega, los establecimientos de bebidas se cierran el sábado á las diez de la mañana, no se publican periódicos, ni los panaderos trabajan el domingo.

En Rumanía tampoco se publican periódicos ni circulan los trenes de mercancías.

En Suecia, el Código penal castiga el trabajo en domingo, y el personal de Correos sólo trabaja un domingo si y otro no.

En Rusia, los Municipios son los encargados de hacer cumplir el precepto dominical.

En Grecia se propone la ley del Descanso, que ya está en las costumbres.

En Suiza, desde el año 1891, los 50.000 obreros empleados en los diferentes medios de transportes tienen 52 días festivos al año. Desde 1895, sólo hay un reparto de correspondencia el domingo, y